

Fernando Curiel

¿Ves? La innombrada e impune cultura de masas

"Nunca antes me has abandonado en un apuro, señora
¡ayúdame ahora, te lo pide el más humilde de tus hijos!"
Santo, el Enmascarado de Plata, prosternado ante la imagen
guadalupana (vieja basilica) / Episodio núm. 942.

primera de dos partes

Hacia el cuarto mes de este año, la Editorial Posada inició la reedición de *Los supersabios*, de Germán Butze; sin lugar a dudas, reticencias o equívocos, uno de esos prodigios que revocan el anatema estético que pende sobre la historieta (por no mencionar los otros: racional, ético, ideológico). Las aventuras vividas por Pepe, Paco, Panza Piñón y el restante *dramatis personae* de la saga (don Seve, el Capitán Neptuno, Polita, el "Médico", Solomillo) suman, a la fecha de estos apuntes, no menos de quince. Ahora bien: tal como sucedió con la reedición de *Rolando el Rabioso* a comienzos de los 60's, el regreso de *Los supersabios* tiene lugar en medio de un impenitente silencio. Fuera del esmerado reportaje que Germán Palomares produjo para Radio UNAM, mismo que recuperó la voz del desaparecido dibujante y un capítulo de una vieja adaptación radiofónica de la historieta, así como de aislados comentarios, la opinión cultural ha brillado por su ausencia. Tenaz. Contumaz. El público consumidor, por su parte, tampoco ha manifestado especial entusiasmo. *Los supersabios* no se incluye entre las decenas de títulos materialmente devorados en los expendios de revistas.

Suele afirmarse:

La crítica, entre nosotros, responde menos a escrúpulos epistemológicos que a un espíritu de cuerpo o juramento de sangre. Respinga, recrimina o alaba sin tasa ni medida a nombre de tal o cual cisma. De ahí que su mejor momento lo constituya la censura ontológica, el ninguneo. Por fortuna — añádase — abundan las excepciones. Llamamos al método que no consigue acallar una cultura a la deriva.

El valor de las voces verdaderas se encuentra en su capacidad de crítica, su profundidad de juicio y la independencia que esta otorga (...) En México cada vez más, nos estamos deslizando hacia un orden de este tipo (opresivo y negador de la verdadera libertad) caracterizado por la institucionalización de un valor falso. En medio de la grisura general a la que nos está conduciendo este sistema, no hay falta mayor que la de pretender romperla ejerciendo simplemente, en cualquier terreno, un auténtico poder creador y abriendo mediante él las puertas a la disidencia y a la crítica.

Juan García Ponce
"Nacionalismo y otros extremos", 1974

Más todavía:

Un nuevo énfasis, la lectura secreta o abiertamente política de los discursos artísticos, obra el milagro de envenenar un oficio de por sí implacable y malhumorado. La Histeria suele burlar a la Historia. Un tufillo judicial comienza a desprenderse de reseñas y revaloraciones. La crítica debería incluirse entre las autoridades contra las que procede el recurso de amparo.

Etcétera. Etcétera.

Reseño lo anterior sin afán polémico, empujado, más bien, por una avasallada nostalgia. En el campo donde florecen a su sabor la teve, la radio, la publicidad, la moda, los comics y las fotonovelas de todo género, etc., etcétera, esto es, la cultura de masas, ni siquiera se dan las condiciones de posibilidad para una crítica de la crítica, para un cotejo entre actitud científica y exabrupto, categoría y descontón. Porque ahora y aquí, excepción hecha del cine, todo es innombrado y por lo tanto impune.

No faltan, por supuesto, quienes de tarde en tarde frecuentan el lugar del crimen: viñetas, fotogramas, cuadrantes, cuadriláteros, pantallas de teve, boutiques, elepes / Del siempre renovado Salvador Novo en adelante, prospera una corriente que consigna en páginas rutilantes sus expediciones a la Baja Cultura. Aunque sin instaurar, todavía, una práctica crítica semejante a la que priva, acientífica o no, en la literatura y demás Bellas Artes. Huelga, por ser del dominio público, la lista de honor de tales esforzados. De otra parte, la comunicación y la cultura de masas desvelan cada vez más a los centros de enseñanza superior. Sin embargo, sus afanes apenas si se reflejan en el mercado profano, extramuros, de la crítica.

En suma: pese a inteligentísimos contragolpes, *Tele-Guía* continúa siendo la única instancia "crítica", a nivel popular, de la Imagen Bonita *et al.* El estudio de la fotografía rara vez va más allá de presentaciones literarias de dos, tres cuartillas. *Cepillín & Toys Ltd.* se expande en ñoña paz. Multiplican comics y fotonovelas. La bruja Hermelinda, toda "llantas, verrugas y lunares", salta del dibujo a la placa fotográfica. Los efluvios melodramáticos de W (A. M.) se imprimen en fascículos (*Noveléxitos*). El Chavo de la Ibero consigue la divulgación dialectal jamás soñada por la Onda. Ramón firma el contrato que le presenta Alfonso; Rosa dice a éste que Gina se fue con Jaime a Acapulco y él duda que Gina sea hija suya; Alberto acepta que Fanny vaya a su departamento y dice a Paula que para escarmentarla necesita la ayuda de Shantal; Cristina queda estupefacta al saber que Robles ¡es Miguel Angel Bremer!, etcétera, etcétera (capítulo 50 de la telenovela *PECADO DE AMOR*).

última de dos partes

Paradójicamente, los lenguajes "masivos", los icónicos en primer término, avivaron las cuestiones semánticas y semióticas. Hasta el extremo de que

no falten empresas tendientes a formular un alfabeto visual equivalente al fonético.

La historieta, la fotonovela, el cartel, la publicidad, han dado pie a una caudalosa literatura en ocasiones técnica, otras veces mesiánica o apocalíptica. Toda vez que el visual, como todo signo, se somete a un doble escrutinio: lingüístico, ideológico. Para leer y no leer El Pato Donald.

Sobra decir que a estas finiseculares alturas, los estudios de la cultura de masas ocúpense de todo aquello que real o supuestamente les compete. La decoración masiva de interiores. El lenguaje de los supermercados. El turismo. La prensa del corazón. La difusión cultural y científica descafeinada. El marxismo en envases desechables. Qué sé yo.

Otro capítulo importante es el relativo al devenir del gusto. Aquí encajan el kitsch, el díptico In/Out y el tríptico Alto/Medio/Bajo. Sin olvidar (por supuesto) el otrora próspero y tornadizo Camp.

¿Debido a qué (o a qué se debe) nuestro desinterés crítico por la cultura de masas?

Recojo cuatro causas (y sus respectivos comentarios):

a). El uso (y abuso) de expresiones tales como arte popular, alta cultura, cultura material, cultura académica, etcétera, no soslaya, antes robustece, la carencia de una terminología común y nítida. Dichas expresiones operan táctica, no técnicamente: ofenden o defienden. El vocablo folklore introduce un elemento más de confusión.

Comentario: manos a la obra. Quiero decir: fije-

se y púlase, a través de los medios conducentes, una terminología nacionalmente válida. Nos aguardan sorpresas sin cuento.

b). Tele y radionovelas, reclamos publicitarios y demás son subgéneros. Piénsase. De ahí el carácter vicario, sucedáneo de la crítica de la cultura de masas.

b1). Telenovelas y etcétera constituyen plagios, indoctas o premeditadas degradaciones de la auténtica cultura, del arte auténtico. Sus desmanes, hipérboles, atropellos, metonimias y vulgaridades competen a códigos diversos a los semiológicos. Civiles y hasta penales.

b2). Ocuparse de tales cuestiones es un acto frívolo, un guiño, una moda sumarisima.

Comentario: ¡¡,???\$\$\$% % % % % % % % ¡¡

c). La conformación "escrituraria" de la crítica en funciones.

Comentario: así es. La cultura de masas demanda para su reflexión (y transformación) un instrumental retórico diverso al dominante: el de la palabra escrita. La imagen, el sonido, esas metáforas derivadas de la mezcla de relato e iconografía, etcétera, informan sistemas de significación que no son los de la literatura.

d). Un quehacer crítico sin objeto es simple y llano masoquismo. De acuerdo: uno puede seguir noche con noche las tribulaciones (que son las de amor) de Lucía Méndez y Héctor Bonilla, respectivamente Viviana y Jorge Armando; recopilar aquí y allá los paradigmas adverbiales del locutor de W (F. M.); desentrañar a duras penas los editoriales y la narración de la historieta *Lecumberri*; estudiar *in situ* el ritual que protagonizan *Los Lilos*, *Fishman*, *El Perro Aguayo* y restantes púgiles de vasta popularidad; apersonarse en las tiendas Milano. ¿Y? Repito: ¿Y? ¿Es que, honesta, útil, crítica, semiológicamente, hay algo que predicar de la radionovela ganadora del certamen LA HISTORIA QUE SONE, esto es, *Piel de recuerdos*, o "donde la memoria puede ser una caricia o una herida desgarradora?". Nada. Salvo fruslerías.

Comentario: inciso, a no dudar, incisivo. Que amerita una dilatada respuesta. Arguyo, sin embargo, algunos hechos demostrativos de su relativa contundencia. Como sucedió con el cine, la televisión y la radio y las historietas y las fotonovelas son datos irreversibles. Una cosa es refutar su oligofrénico empleo, otra negar su existencia. Esto en primer lugar. Si la alta cultura da de qué hablar, calcule usted lo que ocurre con la baja. En segundo lugar. Un abismo separa a la saga de los Burrón de *Casos de Alarma*, a José Alfredo Jiménez de quien se le ponga enfrente, a innumerables radionovelas de la W de *Siempre en Domingo*. En tercer lugar. No todo es digno de la temperatura a la que el papel se enciende y arde ni de pesimismo sin tregua. Más bien hay que comenzar por el conocimiento del lenguaje, de las convenciones.

Este artículo se autodestruirá en diez segundos.

